

NO HAY SEXO DÉBIL¹

Acepta nuestro sexo el renombre de tierno y piadoso, pero no puede aceptar el que le apellidéis *débil*.

El error ha sido siempre la onerosa carga que ha gravitado sobre la pobre humanidad, y el hombre continúa siendo víctima del error, al juzgar á la mujer; á la mujer, que es la parte más considerable de la sociedad y la menos considerada. Denominar débil á la mujer en nuestra nueva era es un anacronismo: pudiérase admitir este injurioso dictado en aquellas épocas en que la fuerza bruta era el todo: en aquellas épocas de piedra, en aquel siglo de hierro, en que se concedía el imperio de la razón al que ostentaba colosales fuerzas; mas hoy quedan abolidos los derechos del fuerte, para dar paso á los derechos del que tiene razón. Guiadas por la clara antorcha de la razón, nos alistamos en las filas de la justicia, enarbolando la bandera de la verdad, para pedir lo que legítimamente nos pertenece, no tolerando ser clasificadas á vuestro antojo, que obedece al egoísmo, móvil siempre de vuestras acciones.

El hombre ha demostrado constantemente una tendencia ruin: el deseo mezquino de rebajar á la mujer, convirtiéndola en ser pasivo, en maniquí, en criatura nula y ciega, incapaz de caminar al lado suyo por los mundos elevados de la ilustración y la inteligencia.

El hombre ha querido ciega á su compañera, para que no le viese caminar por sendas cubiertas de fango vil: la ha querido sin criterio para que no le pidiera cuenta de su conducta ligera y para subyugarla sin razonamiento de ninguna especie ante las despóticas leyes de su caprichosa fantasía: ha comprendido el hombre que, al suavizarse las costumbres, el cetro del mundo pertenece á los reyes de la inteligencia, y para doblegar á su compañera, sometiéndola á un ominoso yugo y á una postración moral muy lamentable, ha mutilado sus facultades intelectuales y la ha sepultado en las tinieblas, sumiéndola en la más oscura ignorancia, para que se estrellara indefensa y sola en los escollos de la vida. Sola, repito; la ha dejado sola, porque la ignorancia es la orfandad del alma, y la orfandad del alma es una soledad moral muy desconsoladora.

El hombre quiere débil á la mujer para ejercer en su hogar un predominio tiránico que le permita calmar, ya que no extinguir, la ardiente sed que siente de una dominación más vasta sobre el Universo.

El hombre quiere débil á la mujer para hacerla su juguete, para explotar su debilidad, permítasenos esta frase que se escapa á nuestra indignación y que repugna á nuestra delicadeza, frase que no borramos por no encontrar otra más gráfica para lo que queremos expresar.

¹ *Cádiz*, 30 de agosto, 1879. La propietaria y directora de esta revista era Patrocinio de Biedma, amiga de Concepción Gimeno; ambas escritoras compartían el afán de mejorar la educación femenina. Este artículo de Gimeno constituye un texto caro a la autora, que lo ofreció casi sin cambios desde varias publicaciones distintas en distintos momentos de su vida, tanto en volumen como en las páginas de prensa.

Hay hombres que desean débil a la mujer, y otros que afirman no existe la mujer fuerte: éstos son pedantes y aturridos; aquellos, insensatos y poco delicados.

Decidnos los primeros: aunque triunfaran vuestras groseras pasiones de la debilidad de la mujer, después de satisfechas éstas, ¿puede conveniros un ser que no tenga resolución, ideas fijas, decisión y constancia?

No, no es conveniente un ser así: la sana razón, la cordura lo dicta, y hasta el positivismo, que es vuestro dios, lo publica á grandes voces.

¿Cómo ha de dirigir la educación de sus hijos y el orden doméstico una mujer sin carácter? Es absurdo que deseéis débil á la mujer: vuestra tenaz obcecación os hace conspirar contra vuestros propios intereses.

A los que no conocéis la mujer fuerte podemos contestaros con poderosos argumentos que derrocarán el edificio de vuestras falsas ideas.

Decidnos: si tan débil es la mujer, si todas lo son, ¿por qué les entregáis vuestro nombre sin mancha? ¿Por qué les fiáis el cuidado de guardar vuestra honra?

Si no hay mujeres difíciles, si no hay mujeres dignas, os estimáis en muy poco al uniros á ellas en eternos lazos. Los hombres casados están en mayoría; por consiguiente, no habiendo mujeres virtuosas, sois más miserables que ellas, al hacerlas compañeras de vuestra vida. ¡Hombres aturridos, cuando negáis la virtud de la mujer, pensad en vuestra madre y en vuestra hermana!

Los que denomináis fácil á la mujer, es porque habéis tratado mujeres que valían muy poco; no conocéis del sexo más que la *escoria*. No conocéis á las mujeres fuertes, porque ocultan las luchas del alma bajo un velo de indiferencia y frialdad.

La mujer, á pesar de tener corazón de fuego, ardiente fantasía y volcánica imaginación, se doblega ante el frío sentimiento del deber y le rinde respetuoso culto. Hay mujeres que, abrasadas en una pasión ilícita y con el corazón hecho trizas, se defienden cual el guerrero envuelto en su propia sangre. ¿Creéis que estas mujeres son menos fuertes? Estáis en un error: cuanto mayor es la lucha, más gloriosa es la victoria.

Si la mujer abrasada por la fiebre del alma muere sin haberse rendido, no la apellidéis *débil*; sus fuerzas físicas habrán sucumbido, pero sin sufrir derrota alguna sus fuerzas morales.

La mujer lo pospone todo ante su dignidad. En el raro caso de que no hubiese mujeres honradas por virtud, las habría por altivez, esto es exacto: observad que lo asegura una mujer.

La mujer no es débil; si alguna os dice que lo es, no la creáis: hay mujeres que quieren cubrir sus extravíos con la capa de la debilidad, mujeres que se dejan arrastrar al

abismo de la perdición, porque el vicio las atrae, porque necesitan vivir en una atmósfera de corrupción muy en armonía con sus costumbres depravadas.

Afortunadamente, éstas son rarísimas excepciones que no existirían si el hombre fuese bueno.

La mujer virtuosa es fuerte, está protegida por el escudo de su virtud, se halla envuelta en el arnés de su decoro, y á esta mujer honrada y digna no alcanzan las tentativas de los libertinos.

Hay mujeres que se imponen con la pureza de la mirada: ante su angelical mirada caen los pensamientos impuros, cual murallas de hielo deshechas por sacro fuego.

Algunos hombres impugnan á la mujer, no por convicción, mas sí por lucir frases brillantes que lisonjean el amor propio del que las concibe.

Un poeta inglés, haciendo alarde de ingenio ¿expensas de la verdad, exclamó:
“Fragilidad, tu nombre es femenino”

Y sátiras semejantes han dirigido muchos filósofos al sexo que debieran respetar. Considerad á la mujer bajo cualquier aspecto, y la encontrareis fuerte y valerosa. La mujer es igual al hombre en fuerza moral.

Abrid las páginas de la historia y encontrareis mujeres enérgicas, espíritus viriles, cuyas hazañas os harán comprender que el talento de los grandes generales no es patrimonio exclusivo del sexo dominador: observad que el heroísmo es común á los dos sexos; porque el heroísmo es hijo del entusiasmo, cual lo son todas las grandes acciones, y el entusiasmo tiene su cuna en el alma. El heroísmo, el genio y el alma, no tienen edad ni sexo.

El entusiasmo es como el amor, lo más divino del corazón del hombre; el entusiasmo es la elevación del alma, el placer de exponerse á la muerte por abnegación, cuando nuestra naturaleza nos llama á la vida; el entusiasmo por la patria conduce al hombre con el rostro sereno al peligro; el entusiasmo alienta en los momentos de dolor; el entusiasmo guía el pincel del artista y la pluma del poeta; el entusiasmo embriaga el corazón de dicha, y aunque la felicidad haya huido, deja una brillante estela que nos ilumina constantemente.

Las mujeres han tenido su epopeya cual los hombres: si existió un Pelayo, Temístocles, Alejandro, Scévola, Bayardo, un Cid y otros muchos, contamos con una Semíramis, Artemisa, Juana de Monford, María la Valiente, Agustina de Aragón, María

Pacheco, Carlota Corday, Juana de Flándes, hija del conde de Nevers, la interesante é inspirada Juana de Arco, que fué víctima de la más cruel ingratitud.

Hombres, tened presente que no os disputamos la fuerza física, pero nos declaramos en fuerza moral iguales á vosotros.

Si habéis gobernado naciones, podemos citaros muchísimas mujeres que han regido pueblos con admirable acierto. Alisia de Champaña, reina de Francia, esposa de Luis VII y madre de Felipe Augusto, gobernó la nación durante la expedición de su hijo á Tierra Santa. La hija de Jacobo II, rey de Inglaterra, reinó á la muerte del rey Guillermo, y su reinado fue muy glorioso. Ana Fernández se señaló con heroicas acciones en el cerco que los turcos pusieron á Diu, fortaleza que los portugueses poseían en el reino de Cambaya. Saliendo un día á visitar el baluarte por donde los enemigos intentaban abrir la brecha, halló muerto á su hijo de diez y ocho años de edad, le cogió en sus brazos, y después de besarle tiernamente, volvió al combate con el más extraordinario denuedo. Berenguela, hija de Fernando IV, conde de Barcelona, casada con Alfonso VII de León en 1128, fue célebre por el valor con que sostuvo el cerco de Toledo contra los moros. Viéndose estrechada, subió sobre la muralla y dijo con energía á los enemigos: “Mala fazaña facéis con una mujer; id á defender á Orega, que asedia mi marido con numeroso ejército”. Los moros, no menos galantes que bravos, admiraron su fría impavidez y levantaron el sitio. A Isabel la Católica se debe la conquista de Granada, como á Sancha de Valenzuela la defensa de Baeza.

Es muy célebre Catalina de Rusia por su talento gubernativo y firmeza de carácter .

Ninguna reina mereció tan en alto grado las simpatías de su pueblo como María Teresa de Austria. Su fama se extendió por todo el mundo, se hizo completamente popular , pues lo mismo la adoraban los magnates que los campesinos.

No es preciso remontarnos á tan lejanas épocas, para admirar notables mujeres que han tenido en sus delicadas manos las riendas del gobierno.

Nuestra querida reina Isabel II ha gobernado la nación española en épocas de gran efervescencia política, y ha dejado un recuerdo indeleble de su grandeza de alma y generosos sentimientos, de su valor y patriotismo. El dolor encontraba siempre eco en su noble corazón; de sus labios brotaban siempre frases de ternura y de perdón.

Queréis despojar á la mujer de su energía, mas vuestro intento es vano: la época del fervor religioso nos presenta tipos tan notables como Prisca alentando á su hija Valeria á sufrir la muerte, antes que entregar su mano á un gentil. No es menos a

admirable Athia, exhortando á su hijo Eleuterio á que buscase el martirio por la predicación de la fé, y acompañándole en su apostólica misión hasta sufrir ambos la muerte.

Flaccila, dirigiendo el corazón de su marido el gran Teodosio, aparece simpática y conmovedora. El triunfo definitivo del Cristianismo se debió á la piadosa Elena, madre de Constantino, y á otras piadosas mujeres que se distinguieron en los fastos del Cristianismo.

Lo repetimos mil veces: el alma no tiene sexo.

Entre las mujeres célebres de hoy podemos citar algunos nombres que todos respetan.

Leed detenidamente los eruditos escritos de Concepción Arenal, y convendréis conmigo en que la Arenal es nuestro Pascal español, un nuevo catón, un gran pensador, con el cual puede honrarse el siglo XIX.

Pocas personas desconocen el glorioso nombre de Fernán Caballero, la gran cantora de las costumbres populares, y el ilustre nombre de Patrocinio de Biedma, que escribe tan admirablemente un poema épico, como una novela filosófica.

No ha mucho tiempo contábamos en el Parnaso español, ocupando un primer puesto, á la inmortal Avellaneda, á la célebre mujer apellidada eminente poeta por Ferrer del Rio, título que mereció dicha señora, pues la Avellaneda era un Hércules de la inteligencia.

Admirad con nosotros á la bella Leopolda Gassó, saludad en ella la inspiración que la ilumina cuando toma la pluma y el pincel, pues descuella en las letras y en la pintura.

Y si todavía queréis dirigir una mirada rápida en torno de nuestras mujeres célebres, trasladad vuestro pensamiento á las Antillas, y encontrareis á Matilde Troncoso estudiando las pasiones que agitan el corazón humano, y revelando sus aprovechados estudios en magníficas novelas de enseñanza moral. Escuchad en alas de la brisa los tiernos cantos de nuestra dulce cubana; si la eminente Carolina Coronado heredó la lira de Saffo, Matilde Troncoso está llamada á heredar la lira de Carolina.

Supongo no dudareis ya que la mujer es fuerte por la virtud, poeta y artista por el sentimiento. Nadie puede negarle sus títulos de soberanía en la esfera de la sensibilidad; nadie puede apellidarla débil á pesar de su ternura.

Vale mucho la ternura de la mujer, pero muchísimo más el que sepa defenderse á tiempo de un acceso de ella, cual sabe hacerlo.

Deseamos comprendáis el espíritu que nos anima al escribir: queremos revelaros que moralmente se halla la mujer á vuestra altura; queremos nuestra emancipación, pero únicamente en las esferas de la inteligencia; queremos á la mujer elevada á los mundos de la ilustración; la queremos ante todo madre, y no lo dudéis, será buena esposa y buena madre si recibe una ilustración que le rasgue la venda fatal de la ignorancia, el error y la superstición.

La mujer será todo lo que quiera ser si la animáis vosotros: ya sabéis que es fuerte á pesar de su débil contextura: seguidla en los campos de batalla, desafiando los elementos, curando malignas epidemias sin temor al contagio, y disputándole á la parca cuantas víctimas puede, sin conmoverse al silbido de las balas, y al estridente estampido del cañón; seguidla donde os decimos, y la declarareis fuerte cual la declaramos.

Poco vale que algunos hayan dicho: “La mujer está rendida desde que oye con paciencia una declaración de amor”.

Nada suponen las sutilezas y sofismas de los que han exclamado: “Las mujeres no caen porque son débiles, sino porque se consideran fuertes.”

¿No os parece bastante fuerte la mujer que domina sus pasiones, sin poseer un helado criterio cual vosotros?

La mujer es héroe por el corazón.

¡No apellidéis débil á la mujer, si no queréis que patentice vuestra debilidad!

¿Quién conoce vuestras debilidades mejor que la mujer? ¡Hombres, no lo dudéis, en ambos sexos será siempre el más fuerte aquel que sea más virtuoso!

CONCEPCIÓN GIMENO.